

La vaca del aguardiente y otras hierbas.

El fin de semana del veinticuatro de mayo de 2008 estuve en Argujillo. Pretendía *azufrar*, a pesar de que el tiempo seguía inestable. Yo hice lo que pretendía, y el tiempo lo anunciado. Así pues, la lluvia lavó las tiernas hojas de las cepas, llevándose el polvo amarillo que por la mañana sobre ellas yo había depositado, por tanto: *el gozo en un pozo*.

Lorenzo *Yiyo* (que casi siempre aparece por sorpresa cuando estoy en el campo) me comentó, que el día de San Isidro había habido un encierro en Villamor, en el cual, por dos veces, estuvo a punto de *liarla*.

- Estaba en la calle y al cortar a un toro de frente, (que es lo más fácil del mundo, aclaró) me fue cerrando contra la pared y no me llevó por delante de, de milagro.
- No me digas, contesté
- Sí, un cuatreño con mas de cuatrocientos kilos, que si me coge me arregla y, y luego, ¡otra vez!
- ¿Cómo que, luego otra vez?
- Sii, coña, un rato después estuvo a punto de engancharme al resbalar cuando le daba otro corte.
- Pues vaya una forma de empezar la temporada ¿no?
- Yaa, ya ves.

Mas tarde, me informó que aquel sábado había también *recortes* en La Bóveda. Puesto que se celebraba allí el día de Mancomunidad de la Guareña. Que al día siguiente domingo, tenían encierro, pero que también, corrían otro en Ledesma y que este último era mejor.

En la noche, merendando un estupendo lechón en la bodega de Jorge, Enrique Tejedor, me confirmó lo de Ledesma. Que, aunque el tiempo (como informaba al principio) no acompañaba, ellos iban a ir.

Estas conversaciones y el ambiente que se *palpaba*, me hizo reflexionar sobre el verano. Se *venía encima* rápida e inexorablemente, y con él, la temporada taurina que, por lo expuesto mas arriba, ya estaba lanzada, para no detenerse hasta las fiestas de *Fuentes* allá por el mes de octubre. Recordé, al hilo de lo comentado, que tenía escrita una pequeña crónica del día de Nuestra Señora del año pasado y, si no andaba listo, llegarían las fiestas del 2008 sin haberla sacado a la luz. Cuando el domingo regresé a mi casa en Santander, *rebusqué* en el ordenador y encontré lo que sigue.

El día catorce de agosto, martes, cuando la mayoría de mis paisanos habían pasado ya la primera resaca, (consecuencia del pasado fin de semana de celebraciones), llegué a las fiestas de mi pueblo, tarde y a la carrera (parece que últimamente los avatares de la vida me tienen reservadas estas situaciones). Aunque no estaba tan plétórico como otras veces, (pequeños desajustes que generan estos *lodos*).. Quería reunirme con la gente y empezar a disfrutar con los comentarios, anécdotas, dimes y diretes ocurridos los primeros días, en los que estuve ausente.

Mi amigo Enrique "*Tiquio*", fue el primero en ponerme al día.

Come un poco que vendrás con hambre. Me dijo prácticamente como saludo, mientras me ofrecía una cerveza y cortaba un excelente chorizo de buen calibre, embuchado en tripa gruesa y fabricado en aquella misma cocina donde nos encontrábamos poco antes de la Navidad.

Sonriendo por la ocurrencia le contesté

- No tengo hambre, pero tratándose de chorizo de Argujillo no puedo negarme.

Dedicamos un instante para destacar la calidad del embutido local. Estábamos totalmente de acuerdo en que competiría con éxito con cualquier “*cular*” del mundo mundial.

-
- Pueees, ¡estoy aquí de milagro majo!.Me espetó de golpe.
- ¿Qué te ha pasado?.
- Anteayer (por el domingo) en el encierro, después que entró el toro, en la antigua plaza, tras el salón, donde los corrales. Cuando fuimos a atar la puerta (ya sabes, la que giramos una vez que pasan los toros, aclaró) con la cuerda para dejarla cerrada, pegó un par de porrazos y sacó la “*merina*”. Cuando me quise dar cuenta, estaba en el suelo con parte de la valla atrapándome por una pierna, y el toro mirándome, parado, a metro y medio.
- No fastidies
- Tenía una cabeeezaaa, con unas “*veelaas*” impresionantes y me dije, ¡ya la prepararé!. No se aún como me levanté, pero salí corriendo hacia el burladero que este año han puesto en la subida a las escaleras de las escuelas. No sin antes, tras observar con el rabillo del ojo, el brillo de mis gafas de sol que estaban tiradas en el suelo, estirar el brazo y cogerlas por una patilla sobre la marcha.
- ¿Siii?, no jodas.
- ¡Cómo te lo digo!. ¡Allí se iban a quedar ellas!

Fueron mis primeras risas de esta Nuestra Señora.

- ¿Tú te acuerdas, que, cuando corríamos los toros, yo no era capaz de subirme nunca al burladero?. Continuó, haciéndome esta pregunta de tan obvia, y de conocida respuesta para cualquier aficionado de nuestra época.
- Si, claro, ¡casi nunca!
- ¡Pues, salté por encima y ni lo toque!, cuando me quise dar cuenta estaba dentro y las gafas, ya las ves, ¡ni un raspón! Terminó diciendo mientras me las mostraba

Ahora ya, las risas se transformaron en carcajadas con lagrimones...-Prosiguió contando-

- Luego, lo pase mal, pensando en aquellas “*lesnas*” que tenía. ¡Si me coge me manda para el otro barrio!. Además, estaba mi mujer y mi hijo el pequeño, que también se asustaron mucho.
- ¡Eso que me dices lo entiendo, a mi alguna vez me ha pasado. El miedo aparece mas tarde, en la noche, cuando uno piensa lo que pudo ser. -contesté yo-
- Naa, nos dimos todos un abrazo y nos fuimos a comer....
- Lo importante es poderlo contar – apunté-. Bueno, me voy a casa que aun no he visto a la familia.

- ¿Ya te vaas?, ¡come otro poco!
- Noo, me voy, hasta luego y gracias.
- Bueno, pues hasta luego.

Después de los saludos pertinentes y acomodar mis cosas, (la noche venía ya) me puse en contacto con la *peña*. Hablé con Fernando, Enriqueta y Jorge y acordamos la hora de la primera merienda. Para las 22, 30, estaría en condiciones el tostón que por la mañana había comprado Puchi, y que habían encargado asar en el horno de la panadería de San Miguel. Jorge nos advirtió, -como tantas veces-, que fuéramos puntuales, que si no él empezaba solo. Ya que, sería un sacrilegio gastronómico y gustativo, si cuando empezáramos a comer, el bicho estuviera frío. (Ante la amenaza, fuimos todos puntuales...)

A las doce hice un paréntesis para ir a la plaza de toros, quería acompañar a Amelía y Abelardo al desentraque. Los años hacen, que bajar hasta el Soto y moverse por las gradas sea complicado. No hubo sorpresas y el espectáculo de los *recortadores* transcurrió según lo previsto. Incluso un entendido, (veterano practicante argujillano en la especialidad) me hizo un pronóstico sobre los ganadores que, (desconozco criterios empleados para confeccionar la lista) sorprendentemente luego se cumplió.

No era esta la parte de la fiesta que más me interesaba. Este año quería estar y participar en la *Vaca del Aguardiente*. Hacía varias temporadas que no asistía a este evento, solía reservarme para el *encierro grande* de la *Reguerina* y me iba un rato a la cama, justo, durante la suelta de la vaquilla. En esta ocasión como digo, quería observar y comprobar sobre el terreno el desarrollo y la evolución en el tiempo de este encierro menor. En el fondo, esperaba y confiaba en que ocurrieran infinidad de pequeñas anécdotas y cosas graciosas, reírme y pasar una noche divertida en compañía de algunos de mis paisanos y amigos.

Las horas hasta *la del aguardiente*, las pasamos entre idas y venidas, del frontón (donde estaba el baile, Por cierto, un espectáculo lamentable que, según algunas versiones es porque en esta época son muy caras las orquestas ¿?) hasta las diferentes peñas (propia o como invitados), tanto de los alrededores, como las mas alejadas, desde Moclín hasta el Barrio Alto.

Saludamos a mucha gente: viejos amigos, familiares (por allí andaba mi primo Pío con su mujer, dando ejemplo como siempre, con buen humor y gracia, de como hay que divertirse). Gente mas joven, que apenas adivinaba por *la pinta* de quién podían ser. Se acercaron Marta y su hermana Olga (las de Reyes Hidalgo) para saludarme y decirme que eran lectoras y seguían mis *relatos*. Me alegró, sorprendió, e incluso me ruborizó un poco, que gente tan joven los leyera, ya que, como los escritos no tienen ningún valor literario. Pensaba, que estas *cosas* solo podían interesar a cierta gente (paisanos) un poco mayores, más cercanos a *mi época*, por haberlas vivido, disfrutado, sufrido y compartido conmigo. (*se ve que lo del pueblo tira*)

Durante la noche, Jorge y yo acabamos haciendo una pequeña peña (de bebedores) con El Zurdo y José Miguel. Por cierto, este último nos sorprendió (al menos a mi, que jamás imaginé en él estas destrezas y habilidades) con el baile de *un bolero portugués*. Dicha danza se basa en mantener *a gran ritmo*, infinitos cruces de piernas, con un movimiento vertiginoso de los pies, a la par y/o seguidos (sin perder la compostura) de quiebros, requiebros y *galleos* (simulando la cola del orgulloso animal, ponía las manos abiertas con el anverso apoyado sobre los riñones) del danzante que, a aquellas alturas de la noche y con lo que mi pariente, (como los demás) debería tener metido en el cuerpo. Parecía increíble que pudiera realizarla con aquella desenvoltura, gallardía y

gracia durante tanto tiempo. ¡Que resistencia!, -yo me cansaba solo de verlo- no me gusta la palabreja pero, *aluciné*. Mis respetos *Jose*, eso no lo hace cualquiera.

Entre pitos, flautas, boleros portugueses y cubatas infames, en vasos de plástico, nos sorprendió el amanecer y con él, el murmullo y carreras de la gente, que anunciaba, que la vaca ya estaba por las calles.

- Calla, ¿que es ese ruido?,
- Ostras, ya la han soltado. anunció alguien
- No jodas, ¿Siii?, pues vamos.

Enseguida, los más toreros, abandonaron la peña “*Solo mujeres*” para salir corriendo hacia el murmullo, que hacía presuponer, que allí se encontraba la protagonista y motivo de nuestra espera.

- Corre, que va para el puente.
- Como pa´ correr estamos, conteste yo.

Pero aún así, iniciamos con un trote cochinerero (ahora entiendo yo perfectamente lo que quería decir aquel famoso periodista deportivo, José María García, cuando en estos términos se refería al comentar la forma de correr de algunos árbitros. Además de estéticamente deplorable, inútil, porque a esa velocidad, jamás se puede seguir de cerca la jugada) nuestra carrera hacia “*La royo*”. Nuestra primera parada la hicimos allí, junto al “*letrero*” que informa al visitante del nombre de nuestro viejo río (donde, ahora degradado, pone: *Arroyo Talanda*). Testigo en el tiempo de toda la historia con mayúsculas, también las anécdotas y pequeñas sucesos de la Villa. Lugar de numerosas batallas infantiles, jugando a “*la cantea*.” Humedal donde tantas veces nos “*atollamos*” (motivo este, de muchas bofetadas maternas y de nuestras primeras anginas).

Me sacó de mi momentánea abstracción, las voces y el sonido peculiar de las carreras procedentes del camino que lleva a la plaza del “Soto chico” entre la residencia y el lecho del nacido en el Maderal. Por allí venían los más *intrépidos* corredores delante de la figura oscura de la supuesta fiera. Al subir a la carretera, la gente se refugiaba tras las barandillas de hierro que protegen el puente. Eso sí, *cuando arrimaba*, algunos/as se soltaban cayendo en el lecho de barro, berrazas y fango del viejo Talanda.

- Mucho miedo hay en esta zona. Comentaba Concienzudo (*Cienzo para los amigos* y, a la sazón, pensador libre de la Villa que, desde ese momento, me acompañaría toda la noche) a una simpática chica que estaba subida al menos dos metros sobre el suelo, en un poste de la luz, plantado allí mismo. Aunque la cara me parecía conocida, no pude precisar quien era (me suele suceder muy a menudo con la gente joven, aunque, como decía antes, *por la pinta* suelo acertar con la familia a la que pertenecen).
- Aguantar ahí *miedicas*, que no hace nada, oímos que nos increpaba una voz a los que estábamos tras la valla del puente.

Pero el insigne acompañante que tenía al lado (éramos los dos últimos de la fila) a mi me decía, casi en un susurro.

- Arrímate *pa* dentro que me da.
- El miedo es libre, dije. A la vez que pensaba, que en honor a la verdad, estábamos “*apartellano*” con el lindón, con lo cual el animal solo tenía que recorrer un metro para rodear la valla y embestirnos.

Pero no ocurrió nada y la carrera continuó hacia arriba, dirección a la Plaza Mayor. Aquí hubo varias arrancadas, alguna cogida, cantidad de apurillos y muchas risas.

- ¡Ehh, chacho vete a lavarte los calzoncillos pa *La royo*. Le aconsejaba una voz con mucha guasa al último revolcado.
- Mira que cara se le ha *quedao* al tío
- Súbete p'arriba bobo que te va ha coger, se oían las recomendaciones "*cariñosas*" de siempre, de un familiar, al torero de ocasión.
- Hay, hayyy, iiiiii, iiiiii que lo coge sonaban los gritos típicos de alguna espectadora durante algún *apretón*.

Nos lo estábamos pasando bien, todo iba según lo previsto. Hubo dudas, si el encierro continuaría por la carretera o, como ocurrió al final, se decidiese por tomar la dirección hacia la calle La Manteca. En esta céntrica calle (toda una clásica de las diferentes Vacas del Aguardiente) se hace un pequeño descanso. Unos piensan que se debe para que el animal tome un respiro, otros, que es para que respire la gente. Pero, *Concienzudo* con voz firme nos mostró la realidad, *su realidad*.

- Nada, nada, tonterías, esto es lo de todos los años (continuó). Que alguien se empeña en agarrar la *maroma*, detener al animal tras tirarlo al suelo varias veces, para decidir, si la suben a casa del alcalde, o para el barrio alto, o a casa de no se quien. Otros, no están de acuerdo con la decisión, básicamente porque han dejado los coches aparcados en la calle, ellos o algún familiar y no quieren que la comitiva pase por allí. Sabido es, que como el animal haga una arrancada hacia la gente cerca de un coche, este sale *jodido* (o como se diga), si no, por la vaca al golpear sobre él, si, por los toreros que utilizan el vehículo como *talanquera*.

Total, que los primeros desacuerdos se convirtieron en algún insulto, leves amenazas sueltas y pequeños altercados. Como guarnición, abundantes "cagadas" y blasfemias. Pero, cuando el animal aun tiene fuerzas, recuerda al público, que la única protagonista es ella y con un par de arrancadas y algún revolcón, resuelve el conflicto. Va para donde quiere, alegrando con ello la fiesta y las caras de la mayoría de la gente. Se oyen las carcajadas (motivo principal de ese espectáculo) ya que como todo el mundo sabe, en estos encierros, lo peor no es que te coja la vaca, ni casi siempre, lo que te ocurra, si no, la *risión* que provoca ante los presentes e incluso en los ausentes, siendo *comidilla* y objeto de burla de las tertulias locales durante largo tiempo..

- Ya está otra vez, mira que es burro el tío. Se oyó una voz de alguien asido con una mano a la verja del huerto del bar del Americano, al observar, que de nuevo agarraban la cuerda, frenando con ello bruscamente la carrera del animal, provocando la consiguiente caída.
- ¡Que pena!, ¡mira que son animales! protestó *Conciencio*, (para enseguida gritar) pero, ¡soltar la sooogaaa cooño, que la vais a maataaar!

Era una vaquilla de unos dos o tres años, de pocas carnes, con cierta bravura y movilidad, la cual, lentamente se le iba atenuando en el transcurso de la mañana, por el cansancio que le producen las diferentes carreras, y sobre todo, por los comentados y

protestados tirones ejercidos por algunos corredores sobre la cuerda, a la que *la negra* iba ceñida.

En estos momentos otro personaje de Argujillo, *Inocencio Molés* (Experto en tauromaquia y otras artes), tras un saludo franco y escueto, se nos unió al pequeño grupo de veteranos. Había cruzado la calle cortando a la vaquilla en carrera que, pretendiendo ser recta, resultó con cierta “*deriva*”, y con voz entrecortada por el esfuerzo, el miedo y los años, comentó.

- Métete *pa* dentro, que me daaa.
- Que no, no ves que la tienen amarrada, *torero*.
- Que no me fío, tira *pa* dentro. ¡Hombre! ¿Cómo estás majo?, no te había conocido- añadió como saludo-
- No tan bien como tú, pero vamos tirando.
- Si, estamos de cojones. Cada vez más viejo.

Cuando ya se había sosegado nos explicó su teoría sobre la necesidad de la sogá

- La maroma sirve para evitar que el animal se escape *para las tierras* y de esa manera tenerla controlada.
- Tu si que estás controlado, *Rabilero*, contestó rápidamente *Ciencio*, para casi sin respirar, soltar una nueva parrafada, (en algunos momentos, sin mucha cohesión y difícil de interpretar) sobre la realidad de las cosas, que a continuación les resumo para no cansarles.

Claro que debería ser para eso, en realidad, (venía a decir, con una ligera tendencia a repetirse) se utiliza para que algunos mozos y no tan mozos, la dirijan a su antojo. Quizás, para que otros protesten y de esta manera tener la disculpa para provocar “*riñas*” pendientes, que como veis, rápidamente se disuelven cuando el animal decide intervenir como juez, y dirige sus pasos hacia el revuelo donde discuten *los valiente.O*, yo que sé, pues hay cosas que no tienen explicación entre personas normales. Otros, (entre los que por suerte incluía a nuestro grupo), se dedican a observar y disfrutar de la fiesta y las situaciones que todo ello provoca, que es lo que hay que hacer, y diferencia a las personas de, de, de los *cenutrios*, ¡coño!

A esta teoría le respondió *Molés*, intentando reconducir estos aspectos a lo meramente técnico

- Mira que tienes rollo y eres enrevesado, la política *pa* los políticos. Si no hubiera cuerda la vaca se escaparía y nos quedábamos a dos velas y además, si hay un revolcón o peligro se la pueden quitar los demás.
- Que peligro, ni que ocho cuartos. ¿Donde le ves tu el peligro a esta *chota*?, si pesa 30 kilos mojada?. Protestó *Ciencio* con energía.
- *Pa* ti la perrachica - contesto el experto sin convencimiento-
- Je,je, je, ahí vaaaaa, -gritó *Ciencio* cuando la vaca arrancó tras Ricardo y otros que no conocimos, hacia el cumbre, tirando al suelo y arrollando a uno de estos tras tocarle levemente en el culo-
- Veenga la vacaaa.
- El muchacho se levantó como todos en estas situaciones, pálido, descompuesto buscando donde subirse o meterse, sacudiéndose el polvo, mirando para todos los lados con cara de susto, para descubrir con estupor, que toda la gente se ríe, por supuesto, de él.

El alcohol, compañero inseparable de muchos de los “toreros” y espectadores presentes, y el poco peligro del animal, hacían que aflorara el atrevimiento que, en muchos casos

como el relatado, era cortado de raíz tras el revolcón, que como decía, es desgracia del revolcado y disfrute de los demás.

- Qué *pesaitos* se ponen algunos con la maldita *cuerdesita*. Comentaba en tono de protesta un señor con acento suramericano¿? a otro, justo a nuestro lado.
- Vaaa, siempre son los mismos, al final estropean la diversión a los demás - le contestaba con resignación su acompañante local-

Convirtiendo estos hechos en centro generalizado de los comentarios del momento.

- Ese, ese es bobo. Se atrevió a decir muy indignado, con tono inusual en él, arrastrando sorprendentemente sus palabras, nuestro amigo *Inocencio Molés*.
- Si bobo, bobo, de eso nada. Siempre hace estas cosas a favor de sus caprichos e intereses. Contestó como un relámpago *Conciencio*
- Ooyeeee, eehhh, túuu, pero suelta la sogá hombre, que vais a matar a la vaacaaa. (Volvió a gritar por enésima vez).
- Igual tenemos suerte y lo coge. Nos comentó en tono confidencial.
- No la dejes ahí que se va a los coches. Se oía a alguien que estaba al otro lado, subido en la barandilla de Pepe el panadero.

(Por cierto, esta barandilla un año se derrumbó al embestir una vaca de aguardiente formando una espectacular “montonera” bajo la higuera)

Cruzó la carretera el animal por *el Cumbre*, emplazándose en la plazoleta que forma la intersección de la calle que sube hacia el Barrio Alto con la de Moclín.

A estas alturas de la mañana, hace tiempo que se había unido a nosotros Fernando (el de la fábrica), nos reímos todo lo que quisimos y más. Hasta hicimos algún pequeño “corte” a la brava. De Jorge, el Zurdo y José Miguel hacía rato que no sabíamos nada.

Allí, encontramos acomodado sentando nuestro castigado y dolorido cuerpo sobre los pasos de acceso a un corral. Donde iniciamos una animada tertulia. Afloraron recuerdos de fiestas pasadas, de toros míticos, como el *colorao* o el *veleto*. Hablamos de los jóvenes y ágiles que éramos en el pasado, de nuestra gran afición, de la gran participación de la juventud en aquellos tiempos, tanto en la organización, como en el¹ desarrollo de la fiesta, del carro del “*Chano*” (1), de la habilidad del *Palomo*, de los toros que daba Agustín, de cómo vivíamos y disfrutábamos la *Fiesta-*

Ciencio rescatándonos a la realidad dijo:

- Esto es una charlotada, pero la gente se divierte

Pero enseguida volvimos a recordar momentos “cumbres”

- Risas, risas el año que vino tu suegro, contesto *Molés*, dirigiéndose a mí.
- Si, ¿Por qué?- pregunté.
- Era una chota como una *lumbre*
- Siii, muy brava
- Te acuerdas, allí, donde la cuadra de Quique (que ya estaba *arroñada*, aclaró) cuando la vaca entró *detrás* de José Marí el de Consola y tu suegro (que andaba ¡con zapaaatos!) iba delante, resbaló y cayeron los dos entre los cardos.
- Es verdad – contesté yo- el hombre jamás se había visto en una mas gorda.

¹ Personaje de la Villa al que me referiré en otro momento, que mantuvo una lucha sin cuartel, durante toda su vida con los mozos de argujillo las vísperas de Nuestra Señora, tratando de evitar, que estos cogieran y bajasen (como ocurría con el de todos los vecinos) su carro paracerrar la plaza y tapar las calles para el encierro..

- La vaca no le hizo nada, pero Los *picos* los pusieron nuevos. *Cagiën D..ss* – continuo- Esos cardos grandes de los *cañamones* que tienen unos picos como un dedo de largos. Salieron como dos *Cirineos*.
- Siii, todos llenos de polvo y rozaduras
- Y, y picos en los pelos y por todo el cuerpo. ¡Cómo escarbabaaa! con los zapatos en los hierbajos, cuando quería meterse bajo las pesebreras. Parecía una moto derrapando, como cuando terminan las carreras.
- El año de más risas fue aquel que *Joselete* quería encerrar a la vaca con el caballo. –terció alguien-
- No quería encerrarla, hizo una apuesta con Conra: Consistía en que si iba a ensillar a *Banderín*, él lo montaba.-aclaró *Cienzudo*-
- Estaban los dos como cubas –Continuó *Molés*- Qué risas, cuando *Josele* apareció subido en *Banderín* a toda *hostia* entre la gente. Antes, la había tenido con sus padres que, coherentemente, no querían que lo montara, teniendo en cuenta el calibre de la cogorza. *Conra*, aunque borracho, no lo quiso montar y perdió la apuesta. Lo bueno fue cuando el murmullo de la gente hizo mirar al caballo y éste vio la vaca. Se dio la vuelta y empezó a correr como un rayo entre la gente, ¡se subía por las paredes el animal!
- Como no mataría a alguien (interrumpió *Conciencio*). Tu tío José María se salvó de milagro.
- Al caballo le había dado una cornada un toro hace años y no quería ni verlos. Solo olerlos le daba pánico. Si veis a *Joselete*. Parecía de esos de los rodeos americanos. Pegaba con la espalda sobre las nalgas del animal, ¡pero no se caía!. -Terminó de esta guisa *Inocencio* su divertido relato-
- Ni él, ni la merluza que llevaba encima, -remató *Ciencio*-

Los demás reíamos con franqueza, convirtiéndose aquel, en uno de los momentos mágicos del encierro

Una arrancada de la vaca nos dispersó metiéndonos de nuevo en la faena. Tomó dirección hacia panadería, aunque se paró a pocos metros, en una zona estrecha, casi en la esquina, contra la casa del Sr. Primo, enfrente de la ventana de Julia. Allí, a pesar que hacía rato que pisaba mal por la rotura de una pezuña, tuvo arrestos, para en un *arreón*, con gran esfuerzo, dar el último revolcón, en este caso le tocó a Ricardo que había estado muy torero durante toda la noche. No le pasó nada, unos raspones al contactar contra el duro cemento. Los demás, una vez retirada la brava y comprobada la escasa gravedad de la cogida, nos reímos, como mandan los cánones.

En general, (si obviamos los repetitivos tirones) la gente se comporta. No suelen verse palos ni otras armas arrojadas, no la pegan, se limitan a incordiarla y a veces, si el resuello lo permite -que esa es otra- cruzar cerca de ella en los “*subidones*” de valor,. Normalmente los/as participantes solo quieren divertirse sentir por un momento la emoción del peligro y suelen dar bastante ventaja en los lances a la *Chota*. La mezcla de alcohol u otras... con la histórica poca desenvoltura de alguno de los participantes, generaban infinidad de situaciones pintorescas, sin otras consecuencias que, pequeñas erosiones, algún rasponazo y numerosas pérdidas de color al término de *la faena*.

Aunque, en honor a la verdad y, para confirmar la regla, he de decir que, *Inocencio Molés* nos hizo una observación sobre dos jóvenes que portaban sendas *varas*, sin duda, preparadas con tiempo y exclusivamente (por lo esbeltas) para *la ocasión*. *Conciencio*, con reflejos y la seguridad que le caracteriza, realizó otro filosófico, descriptivo y sobre

todo rápido análisis de lo observado, de cuyas conclusiones aquí resumo, como recuerdo y puedo.

Nos vino a decir, que el hecho de que aquellos jóvenes portaran varas, se debería seguramente, a algún tipo de instinto, gen o reminiscencia antigua de supervivencia. Herencia lógica de su reciente pasado arborícola. Lo que implica, que estas personas se encuentren más seguras sintiendo en sus manos el *maternal* tacto de la madera. Les recuerda este gesto, que ante el peligro, es una gran ventaja tener asida una rama, (Una cosa así, como la protección que siente el niño cuando va agarrado al dedo índice de su padre, o la manía de los perros de hacer un hoyo para esconder la comida ¿?). Fernando y yo soltamos la carcajada y concluimos entre risas, tras un razonamiento trasnochado y nebuloso. Que quizás le faltase un punto de certidumbre científica al diagnóstico del paisano, pero, el fondo no estaba exento de razón, lo que implicaba en esencia, que no se habían producido tantos cambios evolutivos como podíamos presuponer..

A partir de este punto ya no hubo mas carreras, todo transcurrió con tediosa lentitud en su camino hacia la Iglesia, -tras ella, para ser mas exactos- dirección al *trinquete*.

Como decía, hubo muchas luces y también algunas sombras. Me gustaría hacer una reflexión sobre estas últimas, (perdón por la *moralina*) para que la falta de luz y la emoción del momento, no nos impidan ver los problemas y obviemos algo que, si siempre estuvo mal, es inadmisibile en nuestros días y por consiguiente podemos estar matando, con nuestro comportamiento unos, y con nuestra indiferencia otros, a nuestra particular gallina de los huevos de oro (los encierros). Base fundamental de la supervivencia de las fiestas en muchas localidades y desde luego, en la de nuestro pueblo.

Cuando el animal se agota, cuando la vaquilla ya no puede mas, aquello deja de ser divertido, y nosotros, todos nosotros, tenemos la obligación de tener las cosas claras y previstas, para que, a partir de este momento, hacer que el encierro y recogida de la res, sea lo mas breve y digna posible.

No me gustó el final. La noble vaca con tiempo anunció abriendo la boca, , disminuyendo la frecuencia y distancia de sus embestidas, bajando la cabeza, *reculando*, que no podía mas, que aquello había terminado y lo rubricó repetidamente dejando la sangre de su pezuña en el asfalto impresa. Algunos, tal vez en su ignorancia, se empeñaban en continuar la fiesta, pero, mirando las caras, ya nadie reía, porque ya no había fiesta. No me gustó el último traslado, ni el gesto de ciertas personas. Tratando de demostrar, aquello que todos los presentes sabíamos que no son. Lo bueno del asunto, es que estos gestos fueron pocos y además fácilmente corregibles a nada que lo pensemos. Ello facilitará sin duda, que exista un futuro impregnado solo, con lo mejor de las tradiciones.

Con nuestros pobres ojos molestos, obligados a entrecerrar por la esplendorosa luz del sol mañanero, se reagrupó la *cuadrilla improvisada* de la noche anterior. *Concienzudo*, *Inocencio* y también Fernando se difuminaron como el frescor de la noche y al igual que él, lentamente y casi sin darnos cuenta desaparecieron.

Estábamos en *el trinquete*, exactamente junto al *moral* de Adelio, como sabéis, no lejos de la panadería. Decidimos dirigir nuestros pasos cansinos hasta la misma, con la esperanza de pillarla abierta. Al doblar la esquina dejando el camino de L'aldea nos llegó el olor a pan reciente. Era delicioso, y buena señal, el aroma excitaba nuestros jugos gástricos. Observamos al salir de la calleja, que Carlos ya había abierto. En la puerta, Belén (la nieta de Ramiro) y sus amigos/as estaban dando buena cuenta a unos pasteles. Compramos pan ¡uhuun, aún caliente! y marchamos *donde Jorge*, para

desayunarlo con buen jamón y queso, todo ello, regado con vino de la tierra *Viña Abelardo 2005 y 2006*.

Repuestas las fuerzas y tras comentar y dar con humor, novedades de los chascarrillos de la noche, en buena armonía, tomamos dirección hacia *la Reguerina*, para asistir al encierro grande. Se veían ya algunos caballos forasteros. También el Alcalde a lomos del suyo, vestido con traje corto y empuñando la vara de tientas, acompañaba a unos músicos que tocaban *diana*, para anunciar que el encierro empezaría en breve.

Mientras caminábamos, con el estómago lleno, con una incipiente *galbana* y una franca sonrisa, repasaba yo las horas vividas. Fue una noche memorable, muy divertida como lo fue siempre, la disfrutamos como nunca, nos reímos, pasamos algún apurillo (el tema taurino y los encierros, es lo que tiene, que siempre pasas por uno de esos momentos que te hacen preguntarte: *¿Pero quien coño me mandaría a mí ponerme aquí...?*). Eso sí, mereció la pena y repetiré si Dios lo quiere.

El encierro grande este día no fue bueno, pero esto ya es otra historia.

Santander julio 2008

Juan Carlos Tejedor Martín

Posdata:

Ruego que si alguna de las personas lectoras tienen fotos antiguas de cualquier tema de Argujillo (escuelas, fiestas, gallos, toros, pelota, eras, campos, labores, concursos, etc.). Me hicierais llegar copias de las mismas para incluir y/o como fuente de inspiración de otros relatos. Mi dirección de correo electrónico es: juancarlostejedor@hotmail.com